

recurso, dimitir su cargo en el gobierno y ahullar contra el delegado á guerra desde las columnas de su periódico.

De esta suerte se gastaban todos los poderes. La Comunidad aparecía como una Asamblea movable, impresionable, con mucho afán de discutir, y sin ninguna resolución ni actividad; la Comisión ejecutiva como un gobierno sin prestigio relegado á segundo término después del advenimiento de la Junta de Salvación Pública; y esta misma junta como un nombre sin sentido, un fantasma de grandes apariencias y toda sombra, una evocación revolucionaria tan muerta como los tiempos que innecesariamente recordaba, una nonada; así es que reapareció el elemento iniciador de la revolución, la junta central de los guardias nacionales, la impulsora del movimiento, y que en las postrimerías de este movimiento se encargaba bajo Rossel de todos los servicios de guerra.

Pero la Comisión central de los Guardias nacionales era como todos estos poderes, causa de mucho debate y sin ninguna acción, fuente de muchas palabras sin resultados prácticos. Las reformas de Rossel no pudieron plantearse. La transformación de los batallones en regimientos, aunque indispensable, aumentó la confusión y el desorden. Los jefes de las legiones se resistieron y pugnaron por impedir la concentración de fuerza en manos de otros jefes superiores. Las dimisiones menudeaban por todas partes. La desorganización se agravaba por minutos. Llamó Rossel á varios comandantes y no parecieron. Convocó las legiones y no se juntaron. En frente de la fuerza y de la disciplina de Versalles con todas sus ventajas sólo había el desorden y la indisciplina con todas sus debilidades. Nadie podía extrañar que en tal conflicto cayera el fuerte de Issy, y lo extrañó la Comunidad. Nadie podía pensar que, rendido el fuerte, se dilatase la noticia del desastre, y la Comunidad reconyino á Rossel por haberla dado. Así decretaron contra él como contra Cluseret auto

de prisión. El rumor público le acusó de traición. La junta de Salvación Pública lo denunció á la conciencia popular y le marcó terriblemente con los más duros estigmas. Vallés y Pyat publicaron artículos imputándole haber aspirado á la tiranía. Hasta se fingió una acusación tratando de probarle con datos falsos que había recibido quinientos mil francos para entregar la fortaleza de Issy. Y lo más doloroso para él, fué que se le citara ante un consejo de Guerra y que presidieran el Consejo aquellos mismos culpados por su indecisión y su cobardía de todos los desastres, y especialmente de la rendición de Issy. Rossel, este hombre de mérito, se había perdido en una obra imposible: encauzar la revolución, someter á reglas la anarquía, dirigir la demagogia, normalizar la fiebre y el delirio. En obras así las voluntades más enérgicas se estrellan, los caracteres más fuertes se rompen, las inteligencias más claras se eclipsan y se apagan. ¡Qué desencanto! ¡Qué crueles desengaños! Entonces comprendió Rossel que la Comunidad «no tenía generales ni estadistas y no quería tenerlos; que amontonaba en derredor suyo ruinas sin pensamiento ni voluntad de sustituirles cosa alguna; que odiaba la luz por la persuasión de su incapacidad y de su ignorancia; que rehuía el movimiento por estar segura de cuán inestable era su equilibrio; que invocando la libertad, practicaba el despotismo, y diciéndose demócrata y republicana sólo acertaba á fundar la más soberbia y la más impotente oligarquía.»

Rossel, aunque muy pagado de sí interiormente, aparecía como muy modesto en su trato. Pocas veces vestía uniforme, y casi nunca llevaba escolta. Sus órdenes pugnaron constantemente con las órdenes de los comuneros. Su amor á la disciplina militar apareció como anhelo de dominación á los ojos de aquellos que sólo podían vivir por la anarquía. Y sin embargo, la idea de orden y de autoridad tiene por sí tal fuerza, que la Comunidad revolucionaria confió siempre los

cargos de mayor gravedad á la oposición más templada y más gubernamental. Cuando por la renovación de las comisiones, los más exaltados llegaron al poder, la agitación se convirtió en demencia, y tras la demencia vino la muerte. Avrial, una especie de Hércules, comunero, que había pasado desde la carrera militar á los oficios mecánicos, llevaba en el bolsillo el auto de prisión contra Rossel, y lejos de cumplirlo, se lo anunció sin duda para que huyera. Rossel, en vez de huir, se fué á la Casa de la Ciudad en su compañía, y allí, sentado en las habitaciones de Eudes, aguardó á la sesión de la Asamblea comunera. Mientras se reunía, los tres socialistas hablaron del problema social, y convinieron á una en que las asociaciones obreras tenían el mismo defecto de la Guardia nacional: apego á la sospecha y al recelo, despego á la autoridad y al gobierno, mucho cambio de direcciones, poca perseverancia en el trabajo. Así convinieron todos en que el comunismo permanecería siempre entre los celajes de la utopía, y no podría prevalecer contra la necesidad de distribuir la recompensa con arreglo al mérito personal y á la mayor ó menor autoridad y diligencia en el trabajo.

Rossel creyó en la Comunidad revolucionaria; pero creyó un solo día. Cuando vió que la Comisión central daba fiestas en vez de decretos, fiestas, en que malversaban cien mil francos diarios, se disgustó completamente. Según sus propias confesiones, los internacionales eran los únicos que tenían rectitud de miras completamente contrastada por la falsedad de principios. No le parecían de igual suerte los blanquistas. De Blanqui no dice cosa desagradable; lo cree inteligente y enérgico; pero no puede explicarse cómo todos sus partidarios tienen estrechez de ideas, anchura de conciencia, y son capaces de golpes de manos, incapaces de toda obra duradera y grave. Mas con todos estos defectos, hay en la revolución comunista un

síntoma que debe embargar la atención de todos los buenos ciudadanos interesados en la pura conservación del orden. Los movimientos subsiguientes á la monarquía de Julio fueron motines; los movimientos subsiguientes á la República de Febrero, revoluciones; los movimientos subsiguientes á la República de Setiembre fundaron una autoridad y un gobierno. Y en París había cien batallones de guardias nacionales que pertenecían al partido conservador, y sesenta que pertenecían al partido revolucionario. ¿Y cómo fué que los ciento se dejaron imponer por los sesenta? Es antigua costumbre en el partido conservador fiar á la policía y al ejército la defensa de sus intereses y de sus derechos.

Confesaba francamente Rossel que le habían los comuneros engañado. Pero también se engañaba cuando construía en Metz reducidos contra los prusianos, que luego sirvieron para el rey de Prusia; también se engañaba cuando adiestraba para la defensa en Nevers, artilleros que no querían defenderse; también se engañaba cuando iba á desempeñar comisiones importantísimas del gobierno de Tours, y luego resultaba que el gobierno de Tours sólo quería alejarlo de su lado; y también le engañó la Comunidad revolucionaria, donde creyó encontrar patriotas, y encontró gentes dispuestas á entregar las fortalezas antes á los prusianos que á los versalleses; donde creyó encontrar libertad, y encontró privilegios en cada esquina; donde creyó encontrar igualdad, y encontró la complicada gerarquía de las juntas, la aristocracia de los sentenciados políticos, el feudalismo de ignaros burócratas con la careta de intransigentes demagogos. Después de haber pasado por veinte años de un gobierno de esbirros dirigido por Pietri, se cayó en otro gobierno de esbirros dirigido por Raoul Rigault. Así para Rossel una sola cosa quedó demostrada en la triste historia de la Comunidad revolucionaria; y fué la insuficiencia de los partidos rojos para go-

bierno. Cuando el pueblo de París perdió su autoridad regular, parecía un ciego que hubiera perdido su perro. El problema de los problemas, es la estrecha alianza de la democracia con la libertad. Hay gobiernos democráticos que no son liberales. Hay gobiernos liberales que no son democráticos. Cuando la libertad romana sucumbió, el pueblo se encontraba con César. La República murió, pues, á las manos del pueblo. Y también el pueblo

de París comprometió gravemente la libertad republicana con sus intemperancias demagógicas. Pero después de confesar todo esto, exclama Rossel: «No creo tener ninguna preocupación á favor de los comuneros, pero debo decir, que á pesar de todas las infamias de la Comunidad revolucionaria, prefiero estar con los vencidos á estar con los vencedores. Hé ahí Rossel.

CAPITULO CI.

LAS GRANDES DISIDENCIAS.

Singular temperamento en verdad el temperamento de París. En sus dolores más acerbos la risa no se aparta de sus labios. En los conflictos más supremos, antes aguza el epigrama que el raciocinio. Para la gran ciudad, todo asunto da motivo, primero que á la reflexión, á la caricatura. Hábilas, pues, bien extrañas, y sin exageración puede decirse que se reían las esquinas, donde campeaban junto á los programas de las innumerables candidaturas y á los decretos de la Comunidad revolucionaria. Pésimamente dibujadas, y de un fuerte y chillón colorido, casi todas tiraban á obscenas. Los extravíos de la libertad individual deben hallar un correctivo en la rigidez de las generales costumbres. Donde se puede herir el pudor impunemente, no queda ni un resto, ni una pavesa de pública conciencia.

La cara de Julio Fayre es representada por un rábano; el vientre de Ernesto Picard por jigantesco sapo; pálida y demacrada mujer, con gorro frigio á la cabeza, pugna por no encerrarse dentro de estrecha mortaja que

clava Mr. Thiers. En lecho imperial, medio desnuda, la República tiene junto á sí al preferido amante, Rochefort, que la guarece contra un viejo de anteojos, con linterna sorda en las manos, y contra un jurisconsulto de barba corrida, armado de asesino puñal.

Sobre la cima de microscópica tribuna, juega un mono verde con una corona en la punta del rabo. Es el presidente de la República de Versalles, el cual dice: «puedo aseguráros que soy republicano y que adoro vuestra vil multitud.» Debajo se leen estas palabras: «el gallo francés va á ser desplumado.» Un pilluelo de Belleville, ébrio, alegre, silbando, vestido con blusa violeta y pantalón verde, ambas manos en los bolsillos, y la gorra en la nuca, exclama: «no quiero yo reyes.»

Siguen, según la cuenta de ocular testigo, legiones de amazonas del Sena, todas desnudas, pero tan gordas y monstruosas, que más parecen pintadas allí en contra de la lujuria que en contra de Versalles. El célebre Duchesne, rubicundo el rostro, centelleantes los ojos,